

Filosofía de lo Simple

Así hablaba mi papá



La Educación, La Soledad, La Religión
La Muerte, La Libertad, La Amistad,
La Felicidad, El Tiempo, La Injusticia

Por: Marco Antonio Valencia

Filosofía de lo Simple

Así hablaba mi papá



La Educación, La Soledad, La Religión
La Muerte, La Libertad, La Amistad,
La Felicidad, El Tiempo, La Injusticia

Por: Marco Antonio Valencia

©*Así hablaba mi papá (Marco Antonio Valencia Ortega)*
Filosofía de lo simple

©*Marco Antonio Valencia Calle (autor)*

© *Marco Antonio Valencia Editorial:*
Unikids Colombia S.A.S.

Diseño Editorial:
Imágenes Creativas: Nelson Gerardo Guitaco Osorio

Carátula: Fotografía de Marco Antonio Valencia Ortega (Álbum familiar)
Dibujos internos: recreación a partir fotografías originales.

Primera edición: Abril de 2022

Proyecto educativo de lectura y escritura: “Leer, escribir, hablar y escuchar”

ISBN:978-958-49-5857-0

AUTORIZACIÓN:

© *Derechos de autor legalizados*
Se autoriza la reproducción, impresión y uso de los textos citando la fuente y el autor.

Página web: www.valenciacalle.com

Twitter: [@valenciacalle](https://twitter.com/valenciacalle)

E-mail: valenciacalle@gmail.com

Contenido

Preámbulo

Algo sobre enseñar	7
Algo sobre la soledad	9
Algo sobre la religión	12
Algo sobre la muerte	15
Algo sobre la amistad	18
Algo sobre la libertad	21
Algo sobre la felicidad	24
Algo sobre el tiempo	27
Algo sobre la injusticia	30
Algo sobre el poder del dinero	33

Epilogo

La muerte de mi padre	36
Apuntes biográficos de Marco Antonio Valencia Ortega.....	38

“Cada hombre es lo que hace con lo que hicieron de él”
—Jean Paul Sartre—

Preámbulo

Algo sobre enseñar

**Homenaje a Marco Antonio Valencia Ortega*

A los 69 años, mi papá ingresó a la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Popayán, a estudiar la carrera de Derecho (cuando por fin se libró de criar hijos y de las deudas en las que incurrió para comprar la finca de Cascajal).

Le gustaba leer y contarme lo que leía por las noches. Los domingos, mientras se afeitaba, me pedía leer los editoriales de los periódicos. De niño, lo espiaba cuando se encerraba en su estudio para pronunciar discursos imaginarios como Gaitán en una plaza abarrotada de gente, como si estuviera en una obra de teatro para él mismo.

Amaba estudiar, y aunque las circunstancias de vida difícil se lo impidieron, se consagró como un autodidacta que sabía de todo un poco, gracias a su amor por los libros y la lectura. Su destino estaba escrito en las estrellas desde todos los tiempos, me dice mi amiga Matilde Eljach. Y quiero creerle. Mientras tanto, aquí estamos para honrar su memoria.



“el verdadero viaje de descubrimiento no consiste en visitar paisajes lejanos y exóticos, sino en abrir más los ojos, los oídos y el corazón cuando conversamos con alguien”.

Cuando le dije que me gustaría ser maestro de escuela, se involucró mucho en mi proceso.

—Todos los profesores dicen que enseñan la capacidad del asombro, a ser críticos y curiosos, pero uno se pregunta: ¿de verdad eso enseñan?; y si es así, por qué las evaluaciones son solo preguntas para responder de memoria, como datos, hechos, definiciones, que sirven para entrenar la memoria, pero no para enseñar a pensar.

Entonces sacó un cuaderno amarillo de notas un poco sucio y me leyó: “Podríamos parafrasear a Marcel Proust diciendo que el verdadero viaje de descubrimiento no consiste en visitar paisajes lejanos y exóticos, sino en abrir más los ojos, los oídos y el corazón cuando conversamos con alguien”.

Los temas aquí expuestos sirven para estimular la reflexión, la conversación, el debate y el pensar críticamente a partir de la pedagogía de la pregunta.

—No olvidemos —me decía— que la palabra “alumno” define a un ser que se alimenta de conocimiento, y la mejor manera de abrir el apetito es preguntar y comenzar a buscar las respuestas.

Historias breves que nos invitan a reflexionar sobre los contrasentidos de lo cotidiano y el enorme significado de las pequeñas conversaciones con nuestros padres.

Algo sobre la soledad

De muchacho me domeñaba la tristeza, me sentía un extraño en el mundo, me encerraba y vivía una soledad desesperante, a veces con lágrimas en los ojos.

Mi papá, con paciencia infinita, me decía que sentirse así era normal porque en realidad todos estamos solos en la vida, en la medida en que cada uno vive para sí mismo. O como decía Hermann Hesse: a pesar de estar acompañados es normal sentirnos solos. Mi padre también me explicaba que una vez nos cortan el cordón umbilical y dejamos el vientre de nuestras madres, cada individuo es un ser particular, único e independiente de los demás.

Lidiar con mi soledad en la adolescencia fue terrible: había días grises, largos, pesados... días en los que ni siquiera quería saludar ni mezclarme con nadie. Prefería estar en silencio dedicado a mis cosas (como la lectura) o simplemente quedarme tirado en la cama mirando el techo para pensar en la nada o acariciar la tristeza que me embargaba.



Mi padre también me explicaba que una vez nos cortan el cordón umbilical y dejamos el vientre de nuestras madres, cada individuo es un ser particular, único e independiente de los demás.

A mi mamá le preocupó tanto mi situación que me llevó a un psicólogo: “Es parte del existencialismo de la edad —dijo—. Déjelo, ya se le pasará”.

Con los años he visto sufrir a otras personas de soledades distintas: amigos ya veteranos que viven solos porque perdieron amistades y familiares, y ahora están en manos de alguna tristeza maléfica que suele ser la compañera del aislamiento. Albert Camus decía al respecto que no saber estar solos era vivir en un infierno. Yo creo que tiene toda la razón.

Leyendo descubrí que Henry David Thoreau, autor del famoso ensayo sobre la desobediencia civil, se escondió dos años para conocer la soledad y al salir aseguró que era la mejor compañera, la más sociable, la más creativa, la más bella.

El profeta de Así habló Zaratustra se ocultó durante una década de la gente y allí encontró el zumo intelectual que necesitaba para crear. Nietzsche, a través de su obra, nos invita a dedicar tiempo al aislamiento para ganar fuerza emocional y pensar en quiénes somos. No obstante, advierte que algunas personas no son capaces de soportar la soledad porque allí florecen nuestros demonios internos. Por lo tanto, aislarse no es recomendable para todos.

Por su parte, los filósofos existencialistas (Kierkegaard, Camus, Heidegger, Sartre, además de Nietzsche) creían en la soledad como un tesoro de la individualidad que hay que defender de las distracciones (familiares, sociales y amorosas). Según ellos, es en el aislamiento donde fluyen los pensadores, los artistas y las ideas que cambian el mundo.

La soledad es la madre de todos los silencios, de algunas lágrimas, de pequeñas angustias, desamparos y miedos... pero también de grandes alegrías: se conquista la felicidad infinita cuando se aprende a lidiar con ella.

Voy a contarles una infidencia familiar: después del terremoto de Popayán en 1983 lo perdimos todo. Eso obligó a mi papá a volver a la finca para dedicarse al cultivo de caña de azúcar y así impedir que sus hijos dejáramos de estudiar. Durante años

mi viejo vivió solo en la finca Cascajal entregado a las labores del campo. Nosotros lo visitábamos para vacaciones y nunca entendimos cómo alguien podía vivir así, como un cartujo, sin amigos ni familiares. Sin embargo, él nunca se quejó ni de soledad ni de tristeza ni de agobio alguno.

Nunca supe si le gustaba estar así o lo asumió como un sacrificio. Eso sí, se volvió más espiritual y comenzó a pensar distinto sobre muchas cosas, pues tenía más tiempo para meditarlas.

Eso fue raro. Ahora intento entenderlo.

Algo sobre la religión

Una vez, pasando vacaciones en la finca del abuelo, el viejo se percató de que yo no sabía montar a caballo, ni nadar, ni subir árboles, ni pilar, ni matar cerdos, ni curtir cueros, ni prender candela, ni postear, ni ordeñar, ni las fases de la luna, en fin... se dio cuenta de que era un analfabeto en temas del campo, medroso de la noche y de los bichos. En sus palabras, me estaban criando como “un perfecto mariconcito”: un debilucho sin fuerzas que se asustaba con el aullar de los perros a medianoche.

Entonces, el viejo sacó su tabaco para mambear, se quitó el sombrero, se puso a urdir un laso con las tiras de un cuero de vaca que él mismo había curtido, me hizo sentar cerca y me dijo:

—Bueno, explícame para qué sirve eso de estudiar si a los trece años no te podés hacer ni el almuerzo.

Le conté que en la escuela me habían enseñado a leer, a escribir, a hacer cuentas, a manejar un telescopio, a escribir a máquina, a dibujar mapas, a tomar



—Desde siempre
la mente del
hombre ha tenido
miedo y angustia
de la nada. Ese
vacío lo llenamos
con cualquier
fe. Así, Dios es
como un hermano
invisible que
nos protege de
los miedos a lo
desconocido.

fotografías y a revelarlas. El abuelo movió la cabeza, desaprobó lo que dije, escupió y volvió a preguntar:

—En tu criterio, de todo eso que te han enseñado, ¿qué es lo mejor?

Lo pensé un buen rato, mucho rato, y luego le contesté con miedo:

—A no creer en Dios.

El viejo levantó la cabeza, abrió los ojos, me miró largo y sonrió por algunos segundos.

Entonces le expliqué mi teoría, que era la teoría de mis profesores y a su vez era la teoría de autores reconocidos. La había leído en libros que ellos también habían leído:

—Desde siempre la mente del hombre ha tenido miedo y angustia de la nada. Ese vacío lo llenamos con cualquier fe. Así, Dios es como un hermano invisible que nos protege de los miedos a lo desconocido.

Al rato, el abuelo me contestó:

—Yo tampoco creo y para eso no tuve que ir a la escuela. Si existiera Dios, no permitiría que entre nosotros nos matáramos el uno al otro e incluso evitaría que perdiéramos la vida en accidentes estúpidos. Hay que ir a misa, es un rito social, pero no hay que creer en lo que dicen allí.

Con los años supe que su tesis era parecida a la que sostenía Hermann Hesse. Sin embargo, en el momento le reiteré que en tiempos viejos estaba bueno creer en Dios para explicar lo incomprendible, pero que ahora la ciencia explica todo y que ya no hay necesidad de las religiones.

El viejo se rascó su calva, me pidió que le acercara un candelero, que prendiera la hornilla e hiciera la aguapanela. Luego, con un tono menos agresivo, me preguntó:

—Bueno, ¿y si estamos equivocados en no creer?

Sonreí para mí porque me sabía una frase de Bertrand Russell que justo mi profesor de filosofía nos hizo discutir: “Nunca moriría por mis convicciones, porque podría ser que estuviera equivocado”.

— ¿Y quién es ese Russell? —me preguntó.

—Un ateo, Premio Nobel de Literatura.

— ¿Y para qué sirve la literatura?

—Para crear historias como las de Cristo, Buda y Mahoma. Para inventar el cielo, el infierno, el miedo, la fe, lo misterioso y esas cosas.

— ¡Válgame Dios! —exclamó el viejo. Luego escupió su tabaco mameado, me miró y sonreímos como amigos por primera vez en aquel verano.

Algo sobre la muerte

—He cargado 408 ataúdes hasta el cementerio —dice mi padre mirando las estrellas—. De muchacho un sacerdote me pidió el favor y desde entonces se me volvió compromiso. Ahora siempre que hay un muerto en el pueblo ayudo a cargarlo.

Era Nochevieja y estábamos los dos solos en la finca de Cascajal. Cuidábamos el ganado de los abigeos y la casa de los ladrones. Al otro lado de la montaña se vislumbraba la algarabía de la pólvora, las celebraciones y la música que anunciaban el Año Nuevo.

Al amanecer hicimos un cambuche sobre una lomita de rastros amables, dejamos las escopetas a un lado y mirando las estrellas... el tema del fin de año nos llevó a conversar sobre la muerte.

Mi papá se reía de los que temían hablar de la muerte. Creía que no hablar de ella era una manera ingenua de negar su existencia:

—Todos vamos a pasar duelos y a morir tarde que temprano. Esa es la única realidad de la vida.



“La vida no es un problema a resolver, sino una realidad a experimentar”.

—La muerte siempre sorprende y llega cuando menos la esperamos. Perder a un ser querido es como si te cortaran un brazo: te duele y te hace falta. Lloramos porque ante su presencia nos llenamos de miedo y de una tristeza terrible. Sin embargo, después de llorar y bucear en el dolor, salimos con más conciencia sobre el valor de la vida. Las tristezas con lágrimas lavan el alma. ¿Sabías eso?

—Cuando la gente se muere —me dijo señalando a Sirius, la estrella más brillante del cielo— hay que llevar el cuerpo al cementerio y su alma a nuestra casa de los buenos recuerdos. Allí los muertos sobreviven con nosotros.

Recuerdo que temblando de frío (o de miedo) le hice muchas preguntas: ¿Hay inmortalidad después de la vida? Y si eso es así, ¿el alma es inmortal? ¿Cómo sabemos de la existencia del alma? ¿Es verdad que vamos al cielo o al infierno? Se quedó callado un largo rato con los ojos fijos en la noche, que es la inmensidad de la nada y la ausencia del todo. Luego me respondió:

—No sé si exista Dios, ni el cielo, ni el infierno, ni el alma, pero sé que existe la muerte y que a todos nos llega de una manera real y distinta. Si fuéramos responsables deberíamos planear el destino de las cosas y de las personas cuando no estemos por causa de la muerte.

—¡Me da miedo de que te mueras! —le confesé a mi papá.

Entonces se rio y me contestó como un hombre de campo, de una manera simple:

—Miedo hay que tenerle a la vida y a los vivos. Cuando una persona se muere no se da cuenta. ¿Tú te das cuenta del instante mismo en que te quedas dormido? Pues no, nadie lo hace, y cuando uno se muere, pasa igual.

—Cuando muera no lo sabré, no tendré consciencia de ello. La naturaleza es perfecta: nos dio la oportunidad de ignorar el momento en que moriremos.

—¿Al morir termina la vida? —le pregunté.

—Algunos dicen que morir es un pasaje a otra vida, otros consideran que el cuerpo nace, crece y muere. Lo cierto es que no tengo respuestas a tus preguntas.

Mi papá murió muchos años después sin leer a Soren Kierkegaard, pero estoy seguro de que estaría de acuerdo con él cuando escribió: “La vida no es un problema a resolver, sino una realidad a experimentar”.

Algo sobre la amistad

-**D**ime con quién andas y te diré quién eres —me dijo mi papá camino a casa, después de la amonestación escrita por pelear a la salida del colegio.

Estaba en quinto y algunos compañeritos comenzaron a desafiar a los más grandes en mi nombre para dejarles claro que ni conmigo ni con mis amigos se podían meter, hasta que me rompieron la nariz y me llevaron de las orejas a la Rectoría.

—Si te metes con indisciplinados, aprendes a ser indisciplinado y todos te señalarán por eso. Si andas con lobos, aprendes a aullar; por el contrario, si andas con palomas, aprendes a volar.

Yo hice silencio y algunos pucheros. Él continuó:

—Quien tiene un amigo tiene un tesoro, por eso hay que escogerlos bien. Esos que te ponen a pelear no están interesados en tu amistad y solo te utilizan e imponen sus ideas sobre tu ingenuidad.

Ya en la casa recibí unos buenos correazos para no olvidar la lección. Años después, estando en la universidad, papá volvió a llamarme al orden:



Aristóteles, habló de tres tipos de amistad: la utilitaria, que se da de forma casual y por beneficio común; la amistad para la diversión, que dura mientras dura el recreo, y la amistad de la virtud o sincera, que es aquella donde hay igualdad en el trato. Sobre esta última sabemos que existe cuando nos alegramos del triunfo del otro...

—Está bien una fiesta, pero si los amigos te imponen fumar y beber todos los fines de semana no son amigos. Tienes que buscar gente con intereses comunes y positivos: una banda musical, scouts, club de lectura, etc. Se trata de tener amigos para hacer grandes cosas juntos y no para girar alrededor de un líder negativo o dedicar el tiempo de ocio a vicios perniciosos.

Con los años, cuando me encerré a escribir y me olvidé del mundo exterior, vino a visitarme de nuevo y con sutileza me insinuó:

—Hijo, yo entiendo que hay que concentrarse en el trabajo, eso está bien, pero también hay que dedicar tiempo al deporte, a la cultura, al turismo, incluso a los amigos. Estar con ellos no es perder el tiempo, porque las amistades hacen la existencia más divertida.

—¿De verdad crees que los amigos son importantes para la vida? —le pregunté.

—¡Muchísimo! Ellos son la familia que uno escoge. A veces un hermano no es un amigo, pero hay amigos que son verdaderos hermanos y en la vida es preferible tener amigos que plata.

Mi papá intentó enseñarme el valor de la amistad con palabras sencillas, frases hechas y refranes populares. Él creía que yo no lo escuchaba; sin embargo, ahora me doy cuenta de que esos consejos son parte de mi formación personal y tienen un gran valor para mí. La maestra vida, los libros y la educación formal me han enseñado otras cosas complementarias sobre los amigos.

Aristóteles, por ejemplo, habló de tres tipos de amistad: la utilitaria, que se da de forma casual y por beneficio común; la amistad para la diversión, que dura mientras dura el recreo, y la amistad de la virtud o sincera, que es aquella donde hay igualdad en el trato. Sobre esta última sabemos que existe cuando nos alegramos del triunfo del otro, porque si hay celos, rivalidad o envidia, no hay amistad.

Por experiencia sé que los amigos se construyen cuando viven una historia común, que la amistad nace desde la empatía y eso implica ser solidario con el otro, que las amistades no necesitan

frecuencia ni confianza, como decía Borges, pero cuando se puede hay que dedicarles tiempo y un buen café (bien charladito).

Con los amigos se comparte y se intercambian emociones, pasiones, gustos, vivencias y diálogos. Todo eso tiene cara de felicidad. Como dice Aristóteles: “Sin amigos no vale la pena vivir ni se podría existir”.

Algo sobre la libertad

Escribí un libro de poemas. Terminé con el alma conjurada, la mente estropeada, famélico de espíritu.

Mi esposa, médica ella, después de tratar a un paciente de males extraños, le curó. Ahora ese hombre es sano, feliz, y su familia está contenta. La ciencia justifica la existencia de los médicos en las manos pródigas de mi esposa.

El cura de la comuna anunció que ya tiene doscientos millones de pesos para comprar un lote de dos mil millones que se destinará a su nueva iglesia. Este el resultado de gestionar la caridad con feligreses y creyentes.

Mientras la medicina salva vidas, yo escribo poemas.

El arquitecto hace planos y presupuesto para una iglesia con jardines, y yo hago poemas.

Un amigo hace campaña para senador y poder cambiar el mundo, yo escribo poemas.

Dios agoniza, según Nietzsche, yo escribo poemas.

Ante mi preocupación, mi padre, en su tumba de flores marchitas, me plantea



—La música y el poema no son meras lisonjas a Dionisio, que lo son, sino manifestaciones artísticas para conectar el espíritu entre la gente.

La realidad, diría Nietzsche, está poblada de metáforas y no hay hechos de verdad, sino interpretaciones. El arte ayuda en eso.

conversar sobre la utilidad del arte frente a los propósitos de la existencia.

—El cura, el médico, el arquitecto, todos ellos tienen respuestas y ganancias plausibles —le digo—. En cambio, la labor del poeta está poblada de incertidumbres transparentes y de cosas ininteligibles que, no niego, me hacen palpitar y me dan alegrías en la intimidad.

—La medicina, la ingeniería, la religión, la política... son creaciones del hombre —responde mi padre desde su tumba de flores marchitas—. Son ocupaciones del intelecto para justificar la existencia, la vida y el trabajo. Sirven para ganar la moneda y asombrarnos con la vanidad de la belleza y el tamaño de lo que somos capaces de hacer.

Le respondo que filosofa y vuelve a sonreír, porque recuerda, sin decirme, que un día se llevó un libro de Nietzsche de mi biblioteca y se murió sin devolverlo. Entonces, yo sonrío también frente a su tumba de flores marchitas.

Y continúa mi viejo:

—La música y el poema no son meras lisonjas a Dionisio, que lo son, sino manifestaciones artísticas para conectar el espíritu entre la gente. La realidad, diría Nietzsche, está poblada de metáforas y no hay hechos de verdad, sino interpretaciones. El arte ayuda en eso.

—En la poesía y en la música hay algo de libertad. Son como plumas de ala que me hacen planear sobre un charco de preguntas felices y respuestas con sombras —me justifico angustiado ante mi padre, quien es, en últimas, la única persona frente a la que vale justificarse, pues me trajo al mundo y de su mano me llevó a la escuela por años.

—¡Escribe tus putos poemas como te dé la gana! —me dice el viejo desde su tumba de flores marchitas—. Cada persona tiene derecho a decidir cómo quiere gastar la vida mientras llega la muerte y el olvido, ya sea dando limosna, construyendo iglesias, sanando gente, prometiendo mentiras.

O, como tú, haciendo alas con versos para que otros hagan lo mismo y se atrevan a vivir su íntima libertad.

»Sigue —enfatisa—, sigue escribiendo tus putos poemas como te dé la real gana y vive libre.

Algo sobre la felicidad

... Mi madre retoma la pregunta:

— ¿Qué es entonces la felicidad?

Y todos sabemos o creemos saber qué es. Hasta recordamos la última vez que fuimos felices. Aun así dudamos en la definición y ninguno se arriesga a afirmar si ahora mismo es feliz.

A mi hermana jugar con su perro la hace feliz; a mi hermano, practicar deportes extremos; a mi padre, tener dinero en el bolsillo; a mi madre, el amor de la familia, y ¿a mí? Pues a mí... ir a cine, las crispetas y una gaseosa.

Mi padre opina que la felicidad que nos ofrece una religión es como el opio del pueblo. Y todos reímos. Reímos porque él mismo un día nos enseñó que Karl Marx dijo que “la religión es el opio del pueblo”. Como sea, se repone del abucheo y continúa:

—La felicidad es una idea, un invento, algo subjetivo. Que no se les vuelva una obsesión.

Mi hermano, de niño, era feliz escapándose de la casa para ir a jugar fútbol con sus amigos y terminar dándose



*Mi papá entonces
se pone serio
e insiste en
afirmar que la
felicidad no es lo
importante en la
vida y que nunca
será huésped
permanente de la
casa porque es algo
que viene y se va.*

trompadas con alguno de ellos por faltas inexistentes. Mi hermana, hasta los doce años, era feliz visitando zoológicos, recogiendo perros de la calle y asistiendo al nacimiento de cualquier animalillo. A mí la felicidad infantil me la dio hablar con el silencio, reconocer la belleza de la soledad y ver pasar el tiempo en el canto de los gallos.

—Mi madre dice ser feliz cuando sus hijos somos felices.

—Mi papá entonces se pone serio e insiste en afirmar que la felicidad no es lo importante en la vida y que nunca será huésped permanente de la casa porque es algo que viene y se va. Todos nos quedamos callados, pero mi hermana reclama:

—Mamá nos enseñó que tenemos que procurar la felicidad haciendo lo que nos gusta, ¿y ahora nos dicen otra cosa?—

—No hay contradicción. Hay que procurar vivir felices — agrega papá.

—Mi hermana cuenta que tiene veintisiete deseos de “feliz año” acumulados desde la primera semana de enero y también doce deseos de “feliz cumpleaños”.

—Mi hermano le contesta que esos deseos de “feliz año y feliz cumpleaños” son palabras, hipocresías sociales sin contenido, frases que la mayoría dice por decir.

—Yo opino que las cosas no son como suenan si no creemos que son: si creemos en esas palabras, habrá milagro, serán realidad. El tema es lo que uno hace con lo que le dicen.

—Tristezas, miedos, dudas y desgracias nos apartan de la felicidad, pero esas situaciones, así como vienen, se dispersan —predica mi madre.

—Comprar cosas... ¿nos hace felices? —pregunta papá. Y sin esperar que respondamos grita—: ¡Jamás! Jamás tener y comprar cosas debe ser la felicidad. ¡Ojo! Una cosa es el placer y otra la felicidad.

—Mamá, para suavizar el ambiente, cuenta que su madre (mi abuela) siempre dijo que la felicidad era estar vivo y con salud.

Nos quedamos en silencio. Mi hermana, quien creía que cursando una carrera universitaria sería feliz, baja la cabeza y a mí me dan ganas de llorar por ella.

Yo, que creo ser feliz sin meterme en la vida de nadie a la espera de que nadie se meta en la mía, dudo y siento un temblor bajo los huesos.

Mi hermano sabe lo que pienso, me mira de soslayo y sonrío (como burlándose).

—La felicidad siempre es un recuerdo, no se puede agendar
—termina mi padre.

—Como sea, yo pienso ser feliz toda la vida. ¡Toda! ¡Toditica!
□—les contesto.

Algo sobre el tiempo

Mi padre tenía suscripción a la Meditorial Círculo de Lectores y el primer sábado del mes pasaba el librero. El hombre cobraba, entregaba libros y dejaba el catálogo.

Una vez mi papá lo invitó a tomar café con envueltos de choclo alrededor del trapiche y al trote de las mulas improvisó una tertulia que todavía me da vueltas en la cabeza:

—El tiempo pasa rápido —dijo mi padre proponiendo el tema—, pero me da la impresión de que no tiene principio ni final. ¿Qué piensa usted?

—La vida, que es un instante, tiene tiempos vacíos, tiempos plenos y tiempos muertos.

—¿Qué dicen los libros del tiempo? —le preguntó mi papá.

—Aristóteles proponía vivir tiempos de ocio, que son tiempos tranquilos. Lutero, al contrario, sugería usar el tiempo para trabajar duro hasta lograr la salvación divina. Para los poetas, sin embargo, los tiempos de contemplación son el resplandor de la vida.



*... para algunos
grupos étnicos
el tiempo es un
eterno presente, un
girar de caracol,
una eternidad en
movimiento; que la
vida, como un río,
fluye sin final.*

—Le pregunto porque pienso en el miedo que produce morir a destiempo.

—Hay que situarse afuera de las cosas para entenderlas. Adentro no vemos nada. La ciencia, la literatura, la filosofía y la religión intentan explicar el tiempo, cada una a su manera.

—He llegado a la conclusión de que el tiempo es material en la literatura, pero en la vida real es algo inmaterial, ¿me hago entender?

El hombre se llenó la boca con un pedazo de envuelto de choclo para hacer tiempo y poder pensar. Luego contestó:

—El tiempo es el látigo de Dios. Cuando fuimos arrojados del paraíso, donde todo era bello y bueno, comenzamos a padecer la tiranía del tiempo, pues todo lo que toca lo arruina: la belleza, el amor, la vida, ¡todo! Cronos, igual, es un dios perverso.

—Leí en uno de esos libros que le compré el otro día —replicó mi padre— que san Agustín tenía una teoría curiosa: el pasado no es, porque ya pasó, por tanto ya no existe, no es nada; el futuro no existe porque no ha sucedido, por tanto no es nada; luego, el presente es el encuentro entre pasado y futuro. Por ende, el presente es la unión entre la nada del pasado y la nada del futuro. Y como el presente no existe, el ahora no es nada.

Entonces mi viejo soltó tremenda carcajada que los demás acompañamos con una sonrisa.

—Discutible esa teoría de san Agustín —gruñó el librero y se volvió a llenar la boca con un pedazo de envuelto.

—Lo que yo entiendo —intervino mi mamá— es que los buenos recuerdos son un tesoro que ninguna fortuna del mundo podrá comprar.

—De acuerdo. Los recuerdos son testimonio de la existencia de un tiempo pasado —contestó mi papá—. Pero insisto: ¿cómo saber cuál es el tiempo de las cosas?

—Una forma de ser conscientes del ahora es cuando planeamos un momento en el futuro. Allí conectamos el ayer con el mañana —explicó el librero. Luego se puso de

pie, hizo un ademán elegante y se despidió agradeciendo el convite y la charla.

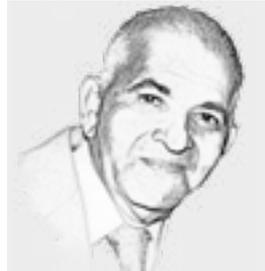
Ahora que mi padre yace en el cementerio, en otra vida y otro tiempo, me gustaría decirle que he leído que para algunos grupos étnicos el tiempo es un eterno presente, un girar de caracol, una eternidad en movimiento; que la vida, como un río, fluye sin final. Decirle que su ejemplo de padre (aquel que nos enseñó el valor de leer, pensar, estudiar y preguntar), no morirá jamás, porque, aunque falleció a destiempo, como todos los muertos que amamos, su ejemplo reina y pervive en nuestra memoria.

Algo sobre la injusticia

¿Has ido al cementerio para hablar con tus muertos? A veces lo hago, sobre todo cuando estoy agobiado y necesito otra perspectiva de las cosas. En medio de tumbas y flores me obligo a recordar que la vida es corta, que siempre es demasiado tarde para todo y que no vale la pena llorar por minucias diarias (parodiando a los romanos).

A veces la vida, como buena madre, nos pone experiencias adversas que nos llenan de contrariedad y dañan la armonía cotidiana. Asuntos que duelen más cuando sentimos que hay una injusticia obrando sobre nuestra humanidad.

Hace poco alguien atentó contra mi vida quitándome lo que más amo y aprecio: tiempo para escribir imponiéndome un horario laboral absurdo por puras ganas de saberse el jefe. Sentía que la afrenta limitaba mi libertad de pensamiento, expresión, derechos vitales, patrimoniales y creativos; que restringir mi espíritu era como enviarme a una cárcel o pegarme dos tiros saliendo de casa. (En fin... la imaginación ante la ofensa).



»Con la injusticia de buena fe se daña al otro, pero se respeta el derecho; la injusticia del fraude es cuando se finge respetar el derecho, trayendo a cuento normas y leyes que no existen para engañar a sus víctimas; y la injusticia como delito es cuando existe la voluntad de violentar los derechos del otro.

Entonces fui al cementerio, le di tres golpes a la lápida de Marco Antonio y le conté lo que me pasaba. Confieso que lo hice llorando como un niño lleno de rabia. Mi papá, con el que compartimos el mismo nombre, me escuchó en silencio desde el otro lado de la existencia. Luego conversamos largo y tendido hasta que alivié mis incertidumbres:

—La realidad es como es. Sufrirla o gozarla depende de la actitud mental que asumas frente a ella. Si quieres ser víctima lo serás. No le des chico al instinto primario de quejarse y llorar frente a los problemas.

—¡Es que siento que hay una injusticia! —casi le grité.

—Si lo ves así, así será, pero tienes la opción de limpiar las gafas e interpretar la realidad de otra manera.

—Estoy dolido.

—Es tu ego perturbado. Eso genera dolor y rabia, es normal, pero sufrir no es la única opción. En la vida siempre vamos a vivir agresiones de otros que nos van a dañar la tranquilidad. El mundo está plagado de gente lamentable, de abusadores y aprovechados.

—El asunto, papá, es que estoy tan contrariado que no sé cómo asumir este problema.

—La rabia ciega. El emperador Marco Aurelio decía que cuando alguien nos hace daño hay que preguntarse qué beneficio obtiene esa persona. Los que obran mal son infelices al manchar su conciencia dañando a otros.

—No sé qué pensar.

—La injusticia también es un tema de leyes. No hay que callar, hay que denunciar, mirar qué ley nos defiende. Las leyes buscan devolver la armonía a lo dañado por el ego de los más fuertes.

Y entonces, para que lo entendiera mejor, mi padre me explicó algo complejo con palabras sencillas:

—Mira, desde la filosofía, la injusticia se da cuando una voluntad se impone sobre otra invocando el derecho a hacerlo. El otro, el afectado, en un acto de autoconciencia rompe el contrato

de someterse e invoca lo justo, que, a veces, no necesariamente es la ley caprichosamente invocada.

»Hegel decía que hay tres formas generales de injusticia: la de buena fe, el fraude y el delito.

»Con la injusticia de buena fe se daña al otro, pero se respeta el derecho; la injusticia del fraude es cuando se finge respetar el derecho, trayendo a cuento normas y leyes que no existen para engañar a sus víctimas; y la injusticia como delito es cuando existe la voluntad de violentar los derechos del otro. Revisa tu caso; pero, además, entiende de una buena vez que en la vida siempre habrá injusticias.

Salí del cementerio más tranquilo. Hablar con un papá... aterriza el alma.

Algo sobre el poder del dinero

—Cuando sea grande quiero ser millonario —dije a mis doce años, mientras jugaba a los trompos con mi papá.

—¿Y para qué? —me preguntó.

—Para tener muchos carros.

—¿Y carros para qué?

—Para viajar mucho.

—¿Y para qué?

—Para divertirme.

—¿Y eso para qué?

—Pues... por gusto.

—Entonces lo que en realidad quieres es ser feliz —me contestó—. Y eso es lo que desea todo el mundo.

Como hice cara de no entender, mi papá aprovechó para “darme cartilla” o, en otras palabras, para iniciar uno de sus sermones, de esos que a veces duraban días.

—¿Para qué trabajamos las personas, cuidamos la salud, ahorramos o nos sacrificamos tanto? Pues para lograr la felicidad. Todo lo que hacemos en vida es un medio para alcanzarla. El primero en explicar eso fue Aristóteles: el filósofo



“la gente por lo general quiere salud, dinero y amor, pero que lo ideal sería tener de todo ello un poco”.

Sin embargo, el sabio se inclinaba a pensar que el mejor bien que podría tener una persona es el conocimiento...

griego dijo que “la gente por lo general quiere salud, dinero y amor, pero que lo ideal sería tener de todo ello un poco”. Sin embargo, el sabio se inclinaba a pensar que el mejor bien que podría tener una persona es el conocimiento y por eso es que insisto en que mis hijos tienen que leer mucho e ir a la universidad.

—Pero hay gente analfabeta que es feliz —lo increpé.

—El vulgo, es decir, el pueblo, es feliz con cualquier cosa que dé placer a sus sentidos. Incluso hay gente que se contenta con tener salud en medio de la pobreza o con creer en dios en medio de la enfermedad, pero hay personas que son felices con cosas superiores.

—Pensé que amor, dinero y salud, lo que le desean a uno en los cumpleaños, eran los mejores regalos de la vida para tener felicidad...

—Sí, claro. Hay tres cosas que, según Aristóteles, mueven al hombre: los placeres materiales que nos brinda la riqueza; el poder de influir sobre otros que nos brinda un cargo, la fama o la política, y los placeres que nos brinda el conocimiento, el arte y la cultura.

—Pero lo que quiero es plata. Si no tengo felicidad, pues la compro.

—¿Comprar la felicidad? Hay gente que quiere dinero para darse gusto con placeres y excesos, pero los billetes se acaban rápido. Están los que gozan con el poder de humillar porque tienen plata, pero no obtienen el respeto de nadie, sino hipocresía de los demás. También están los que compran fama, mas es efímera y todos los días hay un famoso nuevo. Por tanto, lo mejor es tener un bien que no dependa ni de la suerte ni de la fortuna ni de la opinión de los demás y ese bien es el conocimiento.

—Entiendo que siempre quieras inculcarme el amor por el estudio, pero ahora estamos hablando de la felicidad y del billete.

—La felicidad que da el conocimiento no es una idea mía, es de Aristóteles, y se cultiva el intelecto y la cultura estudiando, leyendo, viendo cine, asistiendo a teatro, visitando museos, entre otras actividades. Quiero enfatizar en que el conocimiento nos

da una felicidad autónoma y duradera, mientras que el dinero nos ofrece placeres comprados y efímeros.

—No importa. Yo quiero ser rico, ¡porque los ricos mandan!

—El poder es para ayudar a otros, pero cuando se utiliza para humillar, agredir y hacer enemigos se pierde la paz interior y el respeto de los demás.

—Uno con plata es famoso.

—La fama es una forma de vida, pero el aplauso y la crítica dependen de los demás y el gusto del público es cambiante y cruel. Eso se acaba en cualquier momento. Entiende: el conocimiento es el camino.

Hoy, esas pequeñas conversaciones con mi papá me siguen alumbrando los días.

Epilogo

La muerte de mi padre

Marco Antonio Valencia Ortega (El Bordo, 1935 - Cali, 2011)

MI papá una vez me dijo que cuando los perros aullaban a medianoche es porque alguien conocido se está muriendo. En la madrugada del lunes 3 de octubre los aullidos de los perros del conjunto residencial donde vivo me despertaron... y sentado esperé la llamada con la fatal noticia.

Hacía una semana, el viejo, después de casi un mes de inconsciencia, se despertó sobresaltado, me agarró del brazo y me dijo, con la severidad de siempre, que se estaba muriendo, “que no me fuera olvidar de las palabras”, y como si nada, volvió a dormirse en espera de que su alma se extinguiera.

Cuando le diagnosticaron cáncer de páncreas llamó a los miembros de la familia y, con una tranquilidad asombrosa, dio instrucciones, pidió que le preguntáramos cualquier duda y habló un largo rato sobre la muerte.

En vez de miedo, tenía curiosidad por saber qué había después de la muerte, y estaba seguro de que la vida tal como la conocemos se termina con el último suspiro. Se fue tranquilo, sin deberle un peso a nadie, con el orgullo del deber cumplido a la sociedad, a su familia, pero sobre todo a sí mismo.

Era consciente de que muchas veces se había equivocado, pero aclaró que respondió siempre a lo que su corazón le decía de acuerdo con su carácter y a la educación recibida. Pidió perdón por haber sido tan severo y me pidió que les dijera a conocidos y familiares que lo perdonaran si alguna vez los había molestado.

Había sido diputado a la Asamblea del Cauca y concejal del municipio de El Patía varias veces por el Partido Conservador. Cuando tenía 67 años, en vez de jubilarse, volvió a cursar bachillerato y a los 69, ingresó a estudiar de Derecho en la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Popayán.

Fue un emprendedor incansable que transitó por el mundo de los negocios, el comercio, la política, la docencia, la construcción, la ganadería y las fincas, hasta que un día en alguna aventura económica se quebró y perdió todas las riquezas acumuladas en cuarenta años.

Pero desde allí, en silencio —como los hombres de antaño—, asumió sus errores y comenzó a levantarse todos los días a las tres de la madrugada hasta que volvió a recuperar sus sueños, pero lo hizo sin quejas, ni treguas, sin lamentos ni miedos, con decisión y honestidad, sin dudas y sin pedirle permiso a nadie.

Y si eso no es ejemplo de vida, nada lo es.



Familia Valencia Calle

Al frente: Zeneyda Calle y Marco Antonio Valencia Ortega

Atrás hijos: Richard Robinson, Carolina y Marco Antonio (hijo)

Apuntes biográficos de Marco Antonio Valencia Ortega

Nació en El Bordo, municipio de Patía, el 9 de diciembre de 1935. Murió en Cali, el 3 de octubre de año 2011.

- Padres: Leticia Ortega y Antonio Valencia Ruiz
- Hermanos: Jaime Valencia Ortega y Héctor Valencia Ortega.
- Medios hermanos por parte de madre: Carlos Ortega, Salomón Torres e Imelda Torres.
- Esposa: Zeneyda Calle Martínez, nacida en Marquetalia, Caldas, el 21 enero 1949
- Primogénita de Carolina Martínez y Germán Calle.
- Hijos del matrimonio: Marco Antonio (escritor, docente y periodista).
- Richard Robinson: coronel del Ejército Nacional de Colombia, piloto de aviación comercial.
- Carolina: psicóloga y escritora.
- Estudios de Valencia Ortega: bachiller Colegio Fesutrac y Comfamiliar del Cauca.
- Estudios técnicos: Comercio, SENA Cauca.
- Estudios de Derecho (sin grado), Universidad Cooperativa de Colombia.
- Actividades realizadas en setenta años de vida: sastre, maestro de sastrería y dueño de microempresa de corte y confección, dueño y maestro de academia de mecanografía, dueño de finca y comerciante de productos agrícolas, cultivador de caña de azúcar y dueño de trapiche

para la fábrica de panela, finquero, dueño de tres fincas anexas y ganadero afiliado a Fedegan.

- Filiación política: Partido Conservador Colombiano.
- Actividades políticas: concejal del municipio de Patía (varias veces). Diputado de la Asamblea Departamental del Cauca 1982-1986, delegado con voz y voto por el Patía ante el comité departamental del Partido Conservador.
- Filiación religiosa: cristiano católico, confeso y practicante.
- Afiliaciones culturales: Afiliado a Club de Círculo de lectores.
- Ciudad y fecha de fallecimiento: Cali, 3 de octubre de 2011. Motivo: cáncer de páncreas.

Filosofía de lo simple

Reflexiones sobre:

La soledad. La religión.

La muerte. La libertad.

La amistad. La libertad.

La felicidad. El tiempo.

La injusticia. Fama, poder y dinero

Proyecto

Lectura y escritura: "Leer, escribir, hablar y escuchar"



El poeta y escritor Marco Antonio Valencia Calle, es magíster en Filología Hispánica del Centro de Investigaciones Científicas de Madrid (España), especialista en Pedagogía de la Lectura y la Escritura, y licenciado en Literatura y Lengua Española de la Universidad del Cauca (Colombia). Colabora como columnista en distintos medios de comunicación.

